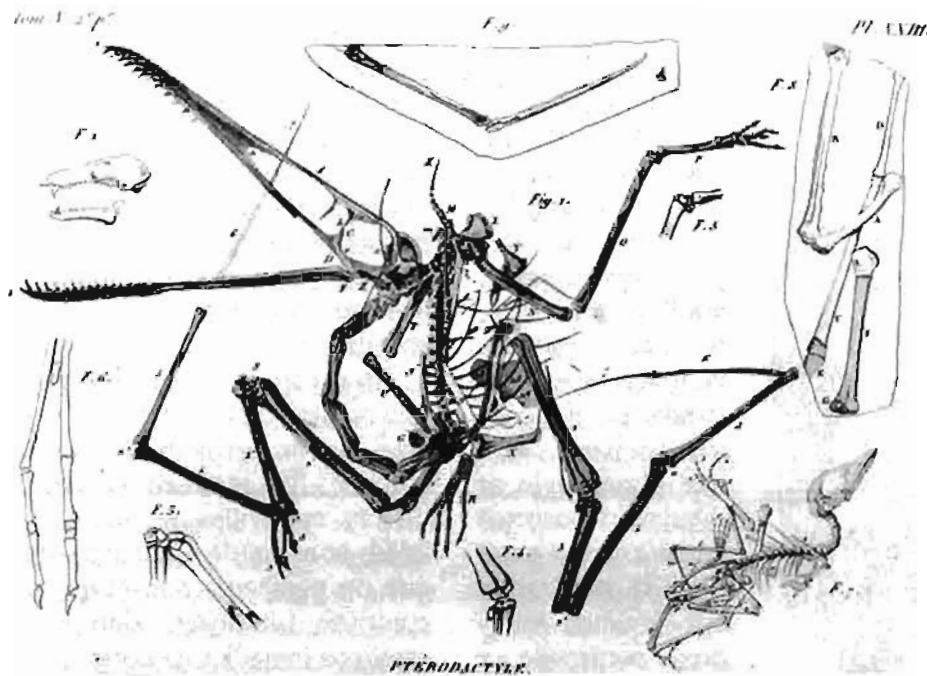


## CIENCIA Y ARTE

Enrique Aguirre Carrasco

Biblioteca José María Lafragua  
Universidad Autónoma de Puebla



Así como, con todo acierto, pudo decir Elio Antonio de Nebrija que la lengua ha sido siempre compañera del imperio, puede afirmarse, de la misma manera, que el arte ha sido siempre compañero de las ciencias de la vida.

Muestras egregias de ello atesora en sus estanterías la biblioteca "José María Lafragua" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla: la colección de estampas de la expedición científica y militar de Napoleón en Egipto, entre las cuales destacan las dedicadas a la flora y la fauna de ese país, realizadas por artistas de la más alta calificación; las bellísimas ilustraciones a colores de la obra monumental de Cuvier sobre los peces y el *Atlas* en dos tomos correspondiente a las *Recherchers Sur Les Osements Fossiles* del mismo Cuvier; los volúmenes de

Audubon sobre las aves de Norteamérica, enriquecidos con las imágenes llenas de vida y color de las más bellas especies de volátiles; los dos atlas producto de la investigación científica de la corbeta *La Bonite* en los años 1836 y 1837, uno a maravillosos colores y otro debido al trabajo de plumas que se antojan dotadas de poderes mágicos; la monumental obra de Jeremías Bateman sobre las orquídeas de México y Guatemala, un reto a la naturaleza misma por el poder humano de crear belleza; los seis pequeños y deslumbrantes volúmenes de la *Flore Medicale* de Chaumeton, Chamberet y Poirret (1814-1818) que, como un árbol colmado de frutos, se saturan de deliciosas láminas coloreadas.

De la antigüedad nos han llegado dibujos precisos y preciosos, trazados

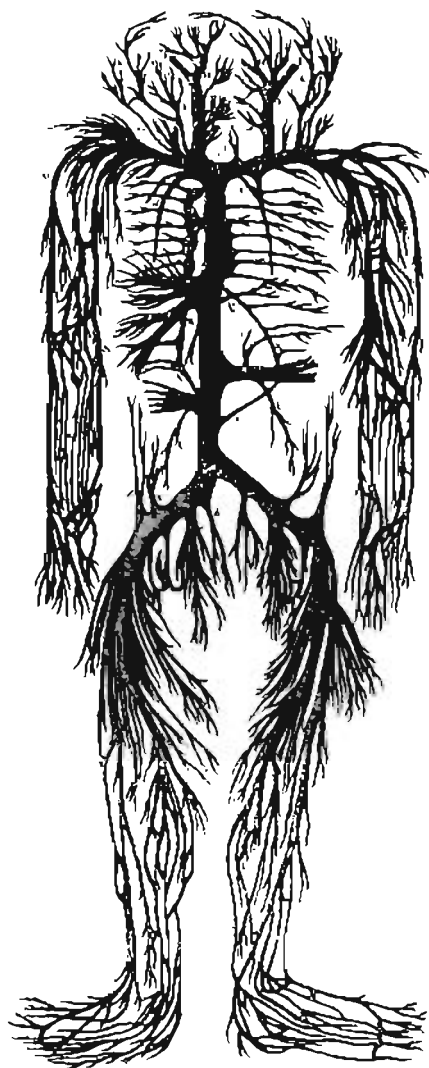
por manos de artistas hábiles, de plantas medicinales para facilitar su identificación. Algunas obras maestras de este tipo buscan ilustrar el famoso herbario de Dioscórides. Del siglo XIII es el *Arte de cazar con aves de cetrería*, manuscrito que perteneció al emperador Federico II, donde varias especies de aves de caza están retratadas con la fidelidad y la gracia con

que lo haría un experto dibujante de nuestros días.

A partir del renacimiento, y poco después, con la llegada del microscopio, este contacto, yo diría esta confraternidad, se estrecha en una simbiosis fecunda. El grado de virtuosismo con que, por ejemplo, se dibujan los insectos en su aspecto exterior, o mostrando sus órganos internos, sorprende y maravilla. Las historias de la biología están llenas de reproducciones artísticas de esta época. En cuanto a los contactos de la medicina con el arte, se producen en dos sentidos. En uno de ellos la medicina es objeto y tema de la obra de arte; los grabadores y los pintores se inspiran en las dramáticas escenas propias del ejercicio de la profesión médica, con frecuencia en el de los cirujanos o barberos-cirujanos que hacían trepanaciones, operaban hernias, trataban fracturas, extraían la supuesta piedra de la locura en un acto de franca charlatanería, realizaban sangrías, amputaban miembros,

aplicaban cauterios, operaban cataratas y eliminaban cálculos. O bien, en verdaderos cuadros de género, nos ponen frente al lecho del enfermo donde presenciamos a un grupo de médicos en consulta, o frente a una escena de parto, o a otra de disección anatómica, como la que nos muestra el *Fasciculus Medicinae* de Juan Kethan (Venecia, 1491), ilustrado con diez grabados en madera, producto de un arte plenamente renacentista; o nos dan a conocer la vida (y la muerte) en el interior de los terribles hospitales de la época, tal cual lo hace un estremecedor grabado en madera del *Opus Chirurgicum* (1565) de Paracelso. ¿No acude aquí, por acaso, a la mente de quien esto lea la magistral *Lección de Anatomía* de Rembrandt?

En el otro sentido, es la medicina la que recurre directamente al auxilio del arte. Los primeros diseños anatómicos humanos basados en la observación directa, maravillas de precisión y habilidad, son los de Leonardo de Vinci, que no perseguía con ello propósitos curativos ulteriores, sino propósitos estéticos inmediatos: conocer mejor la estructura del cuerpo para representarlo artísticamente con mayor fidelidad, conocimiento y belleza. Pero ahí están, como para indicar que el conocimiento de sus funciones y disfunciones nacía bajo los auspicios del arte y del genio. La anatomía moderna hace su aparición, como es sabido, en el año de 1543 con la publicación del *De Humani Corporis Fabrica* de Andrés Vesalio. Éste era un joven médico de 28 años, y las explicaciones del libro son suyas, pero no los grabados, de una calidad extraordinaria. Ellos son obra de Jean Stephan Calcar, discípulo de Tiziano y uno de los mejores dibujantes que haya habido jamás. Hay quien opina que algunas de las láminas son del mismo Tiziano, a quien Vesalio había conocido en Venecia. Esta conjunción entre el médico y el artista genial es una constante que, en mi sentir, culmi-



na en el siglo XIX, particularmente en Francia. Dos obras que forman parte de la colección que se exhibe lo muestran plenamente. Se trata del *Tratado Completo de Anatomía del Hombre* del Dr. Bougery con planchas litografiadas a todo color por N.H. Jacob, publicada en trece volúmenes en la primera mitad del siglo XIX, y del *Tratado Iconográfico del Sistema Nervioso*, de Ludovic Hirschfeld con noventa y dos láminas a todo color de J.B. Lwveillw, de 1866. Ambas obras son tesoros artísticos de altísimo valor. Qué progresos pudo haber hecho el conocimiento de la anatomía humana desde la publicación de estos tratados es cosa que corresponde sólo a un médico dar fe, no a un profano en lo que a medicina concierne, pero sí estoy convencido de que las láminas que los acompañan, como obras de arte, difícilmente pueden ser superadas. Y, *last but not least*, son tesoros del arte tipográfico.

De lo anteriormente dicho no debe inferirse que el tema de esta exposición sea el de la relación entre el arte y la medicina; no, éste es simplemente uno de sus aspectos, quizá el más espectacular, pero la verdad es que el mayor número de las obras expuestas apunta igualmente a otras direcciones. Una de ellas es la que desemboca en el número y la calidad de las obras relativas a las ciencias médicas que posee la biblioteca "Lafragua". Lo que está a la vista es sólo una parte sujeta a las limitaciones de tiempo y espacio disponibles, aunque, por supuesto, es una fracción selecta del total, pero ella es más que suficiente, no obstante su carácter parcial, para hacer surgir en la mente la idea de que tan valiosa y rica colección de textos médicos sólo pudo formarse a través de un prolongado espacio de tiempo y gracias a un intenso cultivo científico de la medicina en Puebla. Revela en los médicos poblanos que fueron integrando este legado que nos enorgullece, un deseo de conocer su ciencia en plenitud, en la ple-

nitudo de su desarrollo y en la de las etapas de su crecimiento y maduración. No se explica de otro modo la existencia de tal cúmulo de obras representativas de esta marcha ascendente, llena de fascinación y dramatismo, de la historia de la medicina. Se tiene la impresión, al verlas, de que todas las generaciones de médicos que fueron adquiriendo los textos que están ante nosotros, lo hicieron porque cada uno de ellos fue siendo, en su tiempo, lo actual y lo importante, o porque, habiendo dejado de serlo, constituían capítulos de una historia que se sentían obligados a conocer. Es así como encontramos aquí muchas de las obras capitales que representan las piedras miliares en el camino al progreso de la medicina, en el que cada etapa es un capítulo de la más maravillosa, increíble y fantástica de las historias, tan cautivadora para el médico como para el profano, desde las obras de Hipócrates hasta los autores modernos, pasando por las de Galeno, de Fracastoro, de Paré, del excéntrico y genial John Hunter, de Boerhave, de Cabanis, de Claude Bernard, etcétera, y con algunas joyas excepcionales como el tratado de Celso, incunable veneciano de 1497, y las obras de Averroes y las de Avicena en un tomo que formó parte (es el tomo IX) de los varios que integran una edición hecha en Venecia en 1560.

